

Opción de Método y opción de contenidos

(Si usted empieza su catequesis de determinada manera, ¿acaba hablando de determinados temas?)

Pedro GIL LARRAÑAGA

Acostumbramos a decir que “llevamos” una conversación, pero la verdad es que, cuanto más auténtica es la conversación, menos posibilidades tienen los interlocutores de “llevarla” en la dirección que desearían. De hecho, la verdadera conversación no es nunca que uno habría querido llevar. Al contrario, en general sería incorrecto decir que “entramos” en una conversación, cuando no que nos “enredamos” en ella. Una palabra conduce a la siguiente, la conversación gira hacia aquí o hacia allá, encuentra su curso y su cohesión, y todo esto puede quizá llevar alguna clase de dirección, pero en ella los dialogantes son menos los directores que los dirigidos. Lo que “saldrá” de una conversación no lo puede saber nadie por anticipado. El acuerdo o su fracaso es como un suceso que tiene lugar en nosotros. Por eso podemos decir que algo ha sido una buena conversación, o que los astros no le fueron favorables. Son formas de expresar que la conversación tiene su propio espíritu que el lenguaje que discurre en ella lleva consigo su propia verdad: esto es, “desvela” y deja aparecer algo que desde ese momento

Gadamer, Verdad y Método, 461

0

Normalmente, en Catequesis nos preocupa más lo que hayamos dicho que el modo de decirlo.

Sí. Normalmente nuestro primer problema se plantea con esta pregunta: ¿de qué hablaré o qué tema vamos a tratar o qué decir a la Iglesia y de Jesús y de los Sacramentos?

Luego viene la pregunta por el método.

Y no.

La pregunta por el método es por lo menos tan básica como la pregunta por los contenidos. Debe plantearse por lo menos tan al principio como la otra. Y ello por exigencia misma de los contenidos.

Así, sin menospreciar el problema de los contenidos, sino precisamente para solucionarlo del modo mejor hoy, afirmamos la importancia del método para plantearlos. Si alguna renovación se nos impone hoy en Catequesis no es tanto por los terrenos doctrinales cuanto por los del método. Aunque parezca que lo que ha “cambiado” es la doctrina.

1

El problema del método es ante todo *un problema de contenido*.

En efecto: el método no es una retícula o una clase de interpretación por la que hacemos pasar a la realidad. La realidad misma nos impone el método para considerarla con fidelidad.

En este sentido podemos decir que hay como tres pasos. El primero es nuestra percepción no metódica de la realidad: la vivimos como un todo que puede ser analizado o interpretado según un esquema que la respete como tal conjunto. Viene luego una primera formulación del método: es más intuitiva que deductiva, fruto más de nuestra pertenencia a esa realidad que de nuestro colocarnos fuera de ella, “objetivamente”; y se manifiesta en una primera gran fragmentación o clasificación de la realidad. Después, en un tercer momento, hay una especie de diálogo realidad-método: es el proceso en que analizamos la realidad y confirmamos o corregimos las primeras claves de interpretación.

Habría un cuarto momento: el de la conclusión de nuestro estudio, que plasmamos curiosamente tanto en una síntesis de la realidad como en la definición del método usado. Este cuarto momento nos enseña siempre que el método es la flor que nos ofrece la realidad; no, en cambio, la lente que nos fabricamos para observarla.

Lógicamente, pues, tal como sea nuestra comprensión de la realidad, así será el método que empleemos para conocerla o hacerla conocer. Según nuestro sentir lo cristiano, así nuestra metodología en Catequesis.

Al hablar de “método” encontramos normalmente dos acepciones.

La primera se refiere al modo de crear una ciencia o una situación desconocidas hasta el momento. Así, cualquier innovador necesita un método para su trabajo. Lo esencial en esta acepción es el paso de lo que uno tiene a lo que nadie tiene.

La segunda se refiere a los procesos educativos. Así, cualquier maestro necesita un método para que sus alumnos lleguen a un nivel determinado del saber que el maestro ha programado para ellos. Lo esencial en esta acepción es el paso de lo que uno tiene a lo que tienen los demás.

Sin embargo, considerando a fondo esta distinción, la encontramos incompleta, si no falsa. La segunda acepción, en efecto, se presupone un distinguo posterior.

Esta segunda acepción se refiere a los procesos educativos. (Entre los que incluimos la Catequesis.) Pues bien. En este caso conviene distinguirse entre “educación” y “aprendizaje”. Aunque habría muchos otros modos de delimitar ambos conceptos, en este comentario optaremos por el siguiente: el aprendizaje se refiere a un conjunto de contenidos ajeno al propio proceso de maduración, mientras que la educación se refiere al proceso de (valga la redundancia) adquisición de conocimiento o autoconstrucción.

Respecto del aprendizaje vale la anterior segunda acepción de la palabra Método. Respecto de la educación, no. Respecto de la educación estamos en la primera.

En este comentario, al relacionar Método y Catequesis, nos situamos exclusivamente en la primera acepción. Entendemos que la segunda (relativa al aprendizaje) contiene un problema menor, subsidiario a la primera. Aunque a la hora de realizar la Catequesis —como la educación en general— haya de combinarse sabiamente ambos conceptos, debe subrayarse que la guía está en el primero. Obrar de otro modo equivale a convertir la Catequesis —la educación tocada— en adoctrinamiento.

El punto de partida, en esta cuestión sobre método y contenidos, es muy simple: la articulación pregunta-respuesta.

Todos los problemas solucionados por cualquier Tratado del Método se refieren al proceso en que una pregunta llega a su correspondiente respuesta. Así, la necesidad de salvar un río, y la metodología de hacer un puente; así, la necesidad de una expresión hermosa y gratuita, y la metodología artística; así, la necesidad de comprender la existencia humana, y la metodología filosófica.

El Método consistirá en el desarrollo de las pistas contenidas en la pregunta, de modo que lleven a la satisfacción de la necesidad inicial. El Método, pues, en este sentido se constituye no tras el objetivo de "cómo enseñar a alguien", sino tras este otro: "Cómo hacer que cada paso de un proceso despliegue todas sus posibilidades y llegue así al siguiente."

Es ésta una observación importante en los procesos de la enseñanza-aprendizaje religiosos.

En efecto: no merece la categoría de método aquel sistema en que no se tenga de hecho en cuenta el buscar del catequizando y se haga girar todo en torno al problema de cómo hacerle inteligible tal enunciado teórico. No puede llamarse método a este modo de funcionar. Se trata de una simple adoctrinación o domesticación. Todo lo más, la corrupción del método.

Merece la consideración de método, en cambio, todo proceso en que se considere al catequizando como alguien necesitado, que sabe su necesidad y recibe la Palabra de Dios como respuesta a esa necesidad.

En este sentido, el método no se limita ya a un sistema de funcionamiento (fragmentación del contenido teórico, provocación de situaciones aptas, estudio de instrumentos auxiliares). Se refiere, en cambio, a una especie de estudio mixto que comprende el análisis y la provocación de la conciencia del catequizando, a la vez que la comprensión o sistematización de la Palabra de Dios como respuesta a la necesidad humana de sentido.

4

Nota de margen.

Hay gentes que no tienen para nada en cuenta estas observaciones. Son las gentes para quienes la Palabra supone un oficio y no un ministerio. Para estas gentes no existe en sus catequizandos ninguna pregunta. Ni capacidad alguna de concienciación. Existe solamente

una extraña aptitud para memorizar-obedecer ("extraña": por sorprende cómo ha podido mantenerse algo tan inhumano con el paso de los siglos). Ocurre que, para esta gente, no existe ni propia capacidad de preguntarse; ni, casi, una capacidad de conciencia habitual.

Viene bien aquí recordar aquella especie de definición de Malebranche: "la atención es la plegaria espontánea del alma"; por no practicar la atención, estas gentes son incapaces de rezar, al menos cuando profesionales de la Catequesis. En el mejor de los casos, harán que rezan.

De todas maneras son muchos más quienes hoy se preocupan comenzar preguntándose por la pregunta de sus catequizandos.

Se dan cuenta de que la Palabra de Dios se presenta ante los hombres con pretensiones de respuesta a su pregunta por el sentido de su vida. Se dan cuenta, así, de que no tiene sentido plantear una pregunta que no ha sido preguntada. Sencillamente: una respuesta no preguntada será siempre incomprensible, no significará nada para la vida de quien la oye, será olvidada en seguida o bien mantenida como definición teórica cuidadosamente apartada de las definiciones y necesidades reales de la vida.

5

De las Orientaciones Pastorales sobre la Enseñanza religiosa escolar (Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, Madrid, 11 de junio de 1979):

"Faltan a veces en la Cultura contemporánea los presupuestos necesarios para el diálogo entre la fe y la cultura. No pocas veces ocurre que los profesores de religión imparten con competencia un cuerpo doctrinal y al referirse a experiencias, actitudes y compromisos cristianos se encuentran con alumnos para quienes todo el mundo de la experiencia religiosa les resulta extraño y sin sentido. En estas circunstancias lo que los profesores echan de menos son unos presupuestos compartidos por los alumnos, para poder establecer un efectivo diálogo entre la fe y la cultura dentro del marco escolar. Habrá de atenderse, pues, a la recuperación del lenguaje, el símbolo y las formas más típicas de experiencia en la historia religiosa y llevar a cabo una reflexión filosófica sobre los presupuestos generales antropológicos de la apertura del hombre a la trascendencia y a la fe cristiana, y sobre los de la vida ética" (n. 94).

Hay un grave problema en este modo de entender las cosas.

Una respuesta no preguntada, ciertamente, no significa nada. Pero puede actuar como despertador de una pregunta hasta entonces dormida.

En términos clásicos: la regla y la excepción. El problema estará en la inversión de los papeles.

(Cuando una situación histórica es excepcional, son los tiempos de las excepciones. Es decir, tiempos en los que se justifica una presencia anormal —estadísticamente hablando— de respuestas no preguntadas. La excepción ocupa entonces el lugar de la regla. El método, pues, queda al menos parcialmente invalidado.)

Nuestros tiempos, en este sentido, son de excepción. Al menos aparentemente, o al menos así nos lo creemos muchas veces quienes vivimos de ellos. Porque no son tiempos de preguntas, sino de respuestas. De hecho, en nuestros tiempos se supone las preguntas y se comercializa las respuestas. Son tiempos basados en la explotación industrial de las respuestas. Así, el comercio del bienestar, el mercado de la ideología política y la sistematización racionalista de las ciencias.

La pregunta es síntoma de tiempos en que cuenta la calidad; la respuesta, de tiempos de cantidad.

En nuestros tiempos, la pregunta es algo socialmente casi irrelevante. No hay tiempo para preguntar el porqué de las cosas. Lo hay, casi todo, para el cómo de las cosas. El resultado es la atrofia del preguntar. Y, en consecuencia, la proliferación de los profesionales de la respuesta, de los conductores del hacer humano por los caminos de la organización.

Se entiende bien, por tanto, dónde aparece el problema en lo que respecta a nuestro tema: dar a la respuesta no preguntada el papel de norma o el de excepción.

El *Mensaje Cristiano*, además, contribuye de hecho a la acentuación de este riesgo histórico.

El Mensaje Cristiano se presenta ante los hombres como algo cordante con su pregunta, pero a la vez como algo superador y desbordador de los límites de lo preguntado.

El Mensaje Cristiano responde, ciertamente. Pero constantemente se reconvierte en nuevo estímulo para una nueva pregunta. Casi, podemos decir que no soluciona cuestiones, sino que propone solucionarlas. Las remite a niveles inesperados de compromiso de la propia vida, a horizontes de espera insospechados y sorprendentes. Por eso parece invitar más a obedecer-esperar que a satisfacer y aclarar.

Así las cosas, es lógico que aparezcan gentes acentuando en exclusiva ese carácter superador.

Pueden así, de hecho, acentuar en exclusiva el sistema teórico y el programa ideal. Y caer en la insignificancia del Mensaje en la vida de los hombres. Han destruido el método por no haber entendido la realidad.

8

Hay *dos clases de métodos*: los que se basan en la excepción y los que se basan en la regla.

(En una nomenclatura clásica podríamos distinguirlos así: los basados en la excepción serían los métodos del "a priori"; los basados en la regla, los del "a posteriori".)

9

En la raíz de este distingo hay probablemente una realidad existencial: la interpretación de *la propia experiencia cristiana* del catequista.

Así, puede haber catequistas para quienes la Palabra del Evangelio actúa como suscitador de su conciencia cristiana, estimulador de su fe, animador de su profesionalidad, alma de su fecundidad y de su espera. Han optado por el Evangelio y, en adelante, su vida consiste en dejarse mirar por la Palabra y componer su vida en consecuencia.

Este tipo de catequistas procede o vive en una situación cultural:

humana distinta de la mayoría de sus contemporáneos, como veremos. Vive en una situación para la que el preguntarse y la conciencia son constantes de vida que casi no necesitan explicitarse nunca. Viven, en la anterior expresión de Malebranche, en una atención continuada, en una situación de plegaria que les lleva a conectar connatural y preconscientemente con el Mensaje.

Hay otro tipo de catequistas, lógicamente. Aquellos que, por vivir el mismo tono existencial de sus contemporáneos o por vivir personalmente una situación de búsqueda insegura y esperadora, buscan en el Evangelio más una respuesta diaria que un sistema de respuestas.

Los primeros viven la excepción; los segundos, en la norma habitual. En su hacer catequesis tenderán normalmente a reflejar su propia experiencia.

10

Hay un síntoma importante de estos dos modos de hacer catequesis: *el valor concedido a la expresión tradicional de las fórmulas cristianas.*

De buenas a primeras podría pensarse: en un método la fórmula es el punto de partida; en el otro, el de llegada. Esto, de puro geométrico, no es real. En cambio, de hecho, el valor concedido por ambos métodos a las fórmulas difiere en la función misma de la fórmula: síntesis ya definida o estímulo a una búsqueda nueva.

Es algo situado más allá del problema de la mutabilidad/inmutabilidad de las fórmulas. La fórmula en sí misma no debe ser cambiada, “traducida” (mucho menos, todavía, “suavizada”). La fórmula está ahí y basta. Cuando la fórmula en sí misma, después de un proceso natural, no es accesible para el catequizando, no se la tiene presente. Sin más. La verdadera cuestión arranca cuando se la considera como el final del preguntar o como una nueva invitación al compromiso.

No se trata, pues, de poner en tela de juicio formulaciones teóricas, sistemáticas. Se trata de personalizarlas y descubrir el manantial de novedad que contienen. Diríamos: la cuestión está en idolizarlas o hacerlas servidoras de la verdad. En un caso son valores falsos, por lo estático; en el otro, lugar de la Encarnación de Dios en nuestra conciencia.

11

En los dos extremos (fórmula-síntesis o fórmula-estímulo) hay coincidencia llamativa: ambos *confunden la experiencia y la acción cristianas* en una sola realidad, indiferenciada y parcial.

Cuando nos situamos en la fórmula-síntesis anulamos de hecho la experiencia y absolutizamos la expresión ya establecida. Cuando nos situamos en la fórmula-estímulo anulamos de hecho el carácter histórico (necesariamente encarnado en cada tiempo) de la presión cristiana y absolutizamos el carácter utópico o indefinido de la experiencia.

En ambos casos desaparece la distancia o la tensión entre ambos conceptos por anulación de uno de ellos. En ambos casos, por tanto, se olvida la estructura pregunta-respuesta.

Cuando se absolutiza la expresión ya establecida se está negando esta estructura por desconsideración del lado pregunta y, consecuentemente, por vaciar la respuesta de toda significación. Cuando se absolutiza la experiencia, siempre itinerante, también. Porque entonces se rechaza la posibilidad de la respuesta y se condena al hombre a un estéril proceso de constante pregunta.

Ambos casos son ejemplos de situaciones en que cualquier método resulta imposible, porque se está desnaturalizando el contenido.

12

La pregunta queda ciertamente siempre superada por la respuesta correspondiente. Sin embargo, se trata de una superación que en cierto sentido es tal, por cuanto muy bien puede considerarse como un ahondamiento de lo que ya estaba implicado en la pregunta. La respuesta, así, lejos de ser un abandonar las bases desde donde se la ha preguntado, puede muy bien considerarse como un salto hacia dentro de la pregunta misma.

El tema es tan antiguo como el de la validez de la deducción lógica o como el de la relación entre el panteísmo y las diversas confesiones religiosas.

Es el antiguo problema de si al buscar a Dios ya estamos siendo encontrados por El, o el de si al enunciar la conclusión decimos algo que sabíamos ya en las premisas.

Ciertamente hay que matizarlo, pero desde un punto de vista en concreto cristiano es evidente que la pregunta testimonia una presencia intencional de la respuesta. La pregunta por Dios es una muestra de su presencia, de nuestra pertenencia a El.

En este sentido, *la respuesta cristiana puede muy bien considerarse como un salto hacia dentro de la pregunta misma.*

13

El *método* teológico o catequístico, hoy y siempre, debe consistir en un continuo salto de *la pregunta humana hacia dentro de sí misma.*

(La Palabra de Dios proporciona —¿contribuye en?— los sucesivos puntos de apoyo de este camino hacia dentro de lo humano.)

14

Hay por lo menos dos problemas en este modo de concebir y realizar el método. El primero se refiere a la pérdida o supervivencia, en los tiempos modernos, de lo que Tillich llamó la “*dimensión de profundidad*”. Sin esa “dimensión” en los hombres de hoy, la *caquesis* (y nuestro método) es imposible.

A este respecto debe afirmarse que la “*secularización*” —exponente de la pérdida de la *dimensión de profundidad*— comprende dos niveles: el de la *secularización religiosa* propiamente dicha y el de la *secularización de la forma cultural de lo religioso.*

Pues bien: la *secularización* hoy en día se refiere sobre todo a esa segunda acepción. La omnipresencia de la cantidad y la lógica a través de la industrialización de la vida nos permiten formular para nuestros tiempos un cambio radical de sensibilidad respecto de los modelos culturales. Y en este terreno de los modelos culturales se incluye, en el ámbito de lo religioso, ante todo la interacción *experiencia religiosa-expresión religiosa.*

Al no existir una expresión religiosa suficientemente relevante, al decaer la proporción de personas socializadas en los modelos anteriores, tiende a desaparecer la experiencia religiosa misma, o por lo menos desaparece la manifestación de esa experiencia en cuanto medible por tal tipo de fórmulas o instituciones. La expresión religiosa convencional, ampliamente válida, no existe; la experiencia religiosa, en cambio, no se usa.

Esta realidad, que en principio se plantea como objeción a nuestro modo de entender el método, se convierte en el máximo posibilitador de la catequesis de la pregunta hacia dentro.

El único problema a resolver estará en el tema-pregunta inicial. Lógicamente, no podrá serlo una formulación o una institución dados en otro modelo de sociedad (ni siquiera hábilmente edulcorados en dosis psicológicas). Podrá serlo, solamente, una real situación de vida susceptible para el catequizando de poner en tela de juicio la aparente neutralidad del convencionalismo funcional que le rodea. O bien —y debe también subrayarse— podrá cumplir su función una lectura directa del Evangelio, en la medida en que la lectura logre rescatarlo de su adscripción a una cultura de moda.

A partir de ese momento podrá establecerse un diálogo entre distintas lecturas del Evangelio y distintas lecturas de situaciones de vida, cada vez más próximas a la “dimensión de profundidad”.

Evidentemente, cuando en estos temas se habla de momentos decisivos, no se hace en términos cronológicos. Se apunta más bien a dos actitudes o aspectos del proceso que deben hacerse, los cuales reiteradamente presentes.

(Puede, por ejemplo, darse el caso entre las comunidades evangelicas de nuevo cuño: fracasan a veces por haber limitado el momento del preguntar-preguntar a los primeros tiempos de su funcionamiento. Después, a veces, las cosas se limitan a “recibir” Palabra correlacionándola con un preguntar aparente, de superestructura o hábito.)

15

Este caminar de la pregunta —cristiana— hacia dentro de sí mismo ha provocado dos espejismos en el panorama cristiano actual: *conversión al humanismo y la conversión a lo político.*

Nuestros tiempos son tiempos de cantidad. Pues bien: dado que sólo de cantidad vive el hombre, era forzoso que en el imperio de la lógica apareciera la herida de la cualidad, del interrogarse por la cualidad. En un tiempo, hace tal vez cincuenta años, esta herida se llamó el renacer del humanismo. Vinieron los existencialismos y la fenomenología, los fascismos y el totalitarismo, el desarrollo. Después, a medida que el humanismo clásico (?) ha ido acumulando inflación de palabras abstractas y corrupción al servicio

intereses económicos, la herida de la cualidad floreció en una desmesurada y mesiánica apetencia política.

Se ha tratado siempre de descubrir la cualidad en lo que se propone como respuesta a la búsqueda humana.

Así, el humanismo y la política son el grito de la cualidad en los tiempos modernos.

Hoy mismo estos gritos —que son uno solo— resuenan en una especie de escepticismo o llamada a una fundamentalidad ausente y añorada. Es un humanismo antihumano o un politicismo invertido. Por eso la protesta o el desaliento (en lo político, artístico, urbano, filosófico, empírico, organizativo, relacional, religioso) es una nueva manifestación humanista o política, según se mire. (Hemos insinuado que humanismo y política coinciden en su objetivo de proponer respuestas.) Por eso no han muerto ni la ilusión humanista ni la ilusión política.

Por ser lo religioso algo relacionado directamente con la cualidad, o más en concreto, con lo cualitativo de la respuesta, debía quedar sometido a la extraña fascinación-fecundación de lo humanista y de lo político. Es claro: lo humanista y lo político son los lugares de la respuesta a la pregunta humana por el porqué. (Lo industrial, el de la pregunta por el cómo.)

16

El otro importante problema de esta manera de concebir el método se refiere a la función del preguntarse humano en la configuración misma de lo que llamamos Mensaje o Palabra de Dios. *Si el preguntarse humano es la antesala de la Palabra o si es "la otra mitad" de la Palabra.*

En realidad, la raíz de esta alternativa nos remite al antiguo dilema de natural/sobrenatural o trascendencia/inmanencia. Y, hoy como siempre, encontramos que planteamientos de este tipo no sólo son insoluble, sino sobre todo infieles a la naturaleza de lo Cristiano.

En el Mensaje Cristiano no puede negarse la distancia entre la naturaleza divina y la naturaleza humana de Jesús. Lo que no puede afirmarse es la correlación naturaleza humana-pecado/naturaleza divina-gracia. Porque en el Mensaje de Jesús se afirma aquella distancia asumiéndola en la unidad de la Persona de Jesús. No puede, pues, hablarse de dos componentes, sino de una misión o de una

salvación única. Los dilemas mencionados en el párrafo anterior representan la imposible pretensión de explicar la Unicidad de Jesús en términos de lógica distributiva. La Persona de Jesús tiene explicación, porque tiene entraña de Misterio, es decir, de un mundo situado más allá de la lógica y del conocimiento analítico.

El dilema trascendencia/inmanencia nunca puede llegar a una significación lógica o sistematizada. Su solución —su “comprensión” nos remite a los terrenos de lo que se espera más allá de nuestro vivir conocido. Su comprensión, por eso, no es tarea de nuestro entendimiento, sino programa para nuestro compromiso.

Ese compromiso es único (o unitario), reflejando así la realidad íntima de Jesús. Y así como en Él todo consiste en el tal vez imposible empeño de decir “Dios” con palabras humanas, así en nuestro caso todo consiste en el casi imposible empeño de encontrar a Dios en la raíz de nuestro vivir y comprendernos como animados desde esa raíz.

La palabra catequística va expresando este empeño y por lo mismo es también una tarea inacabable o casi imposible. De camino debemos decir a veces “hombre” y a veces “Dios” a conciencia de que ninguna de las dos lo dice todo y de que necesita decir las dos para tener garantía de que un día llegará a la palabra exacta.

Es una gran tarea. Sabemos ya esa palabra: Jesús. Pero nunca acabamos de comprender, formular y reformular su Significado. Ser llamente, no hay curso o Facultad que responda con total justicia a esta cuestión. Ni puede haberlos.

17

“La dominación se extiende y se perpetúa no sólo gracias a la tecnología, sino en cuanto tecnología.”

H. MARCUSE, *El Hombre Unidimensional*

Si el mantenimiento de la estructura pregunta-respuesta ha sido siempre el alma de todo proceso de incorporación a la fe, en nuestros días es la única garantía de que respetemos, además, el momento de crisis cultural.

Lo religioso en general, lo cristiano entre nosotros, ha sido siempre un factor de equilibrio social además de aliento en la esperanza y apertura de significado. Por esa doble y privilegiada condición, lo religioso ha podido funcionar siempre como factor de manipulación o dirigismo cultural. Por lo mismo, en nuestros días de perplejidad

cultural, la práctica del método puede actuar sea como liberador, sea como integrador (en el sentido hoy convencional de estos términos) de nuestra crisis.

Concebir y realizar la educación de la fe en el sentido descrito en este comentario puede contribuir a que nuestros hombres organicen en un conjunto con sentido los lugares de la actualidad en que surge la búsqueda de lo cualitativo, de la conciencia. Hacerlo de otro modo significará separar una vez más el proceso religioso de la tarea de construir el mundo.

Por eso y por la relación método-contenido se impone como meta en Catequesis no tanto la asimilación de unos contenidos cuanto la constitución de una conciencia de búsqueda. Así, el síntoma de que un proceso de Catequesis ha concluido con bien está precisamente en que el catequizando no lo pueda considerar nunca acabado. Se trata de personalizar una actitud, un método, más que una síntesis doctrinal ya establecida.